

SAN JOSÉ DE COSTA RICA

H.
056
F471H
C.R.

EL FÍGARO

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

AÑO III

25 DE MARZO DE 1909

NÚM. 107



Señorita Celia Gutiérrez

Fot. Paynter

"EL FÍGARO"

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

ADMINISTRADOR Y PROPIETARIO:

MIGUEL BORGES

REDACTORES:

RAFAEL VILLEGAS - A. SKINNER KLÉE
EDUARDO CALSAMIGLIA

TELÉFONO 18 APARTADO 437
SAN JOSÉ, COSTA RICA

Crónica Semanal

Las reuniones políticas del pasado viernes estuvieron enfermas de resfrío; en cambio la re-treta resultó espléndida por la concurrencia de la belleza y la elegancia.

Es natural! Una lucha pre-matura de pasiones más ó me-nos egoistas, debe producir en las grandes masas, indiferentes al estímulo de la ambición personal, una disensión irremedia-ble. Eso de oír sin cesar dis-cursos populacheros, variando siempre sobre el mismo tema, es una diversión adormecedora. El entusiasmo de los primeros días vendrá seguido del tedio; el uso continuado de una corba-ta del mismo color; la lectura incesante de un mismo insulto; el empleo inacabable de las fra-ses hechas, puestas en circula-ción por ciertos directores de pueblos, y, en fin, ese fárrago de barbaridades que los parti-dos han sacado de la bodega demagógica, traerá el cansancio de todos, y será preciso que la creciente pública torne de nue-vo al tranquilo cauce.

*
* *

Y el dinero? De dónde saca-rán los propagandistas el tesoro fabuloso que se necesita pa-rra sostener el baile durante ca-torze meses? Son muy pocos los oradores que por puro amor al arte, alquilan un jamelgo tro-tón y se dedican á tragar polvo por un camino, para llegar á un pueblo á subirse sobre una mesa con el único fin de darle gusto á la *sin hueso*, poniendo de oro y azul al candidato contrario.

Para hacer esas caminatas, un domingo, desaprovechando el descanso semanal tan apete-cido, se necesita ser un vago ó un mártir. Los mártires son es-casos, los vagos abundan; pero éstos no se mueven sin llevar la gurbia muy asegurada en el fondo de la faltriquera. Para todo se requiere *luz*, esa *luz* amarilla que despide el oro; sin ella se quedan á oscuras los más entusiastas, aunque pertenezcan á la categoría de los mártires; por lo tanto, si desde tan tem-prano comenzamos el *alumbra-do*, pronto tendremos que decir afligidos y cabizbajos:

¡Se acabó el carbón!

*
* *

La compañía de María Diez, llega oportunamente, y como más vale llegar á tiempo que ser convidado, esa *troupe* obtendrá éxito á todo trance. Las funcio-nes del *Circo-teatro* y de *El Victoria*, aunque baratas, re-sultan poco atrayentes, y ni si-

quiera pueden recurrir al medio de rebajar los precios; el reper-torio de que disponen es muy reducido, el decorado muy viejo y los *artistas* muy poco segu-ros de sus papeles, de donde resulta que el público comienza á desertar. Valverde no quiere abrir su temporada, y como el hombre es un animal de impre-siones nuevas, ya se espera con ansia el momento de asistir al Nacional, para escuchar desde una cómoda butaca los versos de Echegaray, la prosa de Pé-rez Galdós y todas las produc-ciones del teatro moderno. Por muy mal que escriban los dra-maturgos, y por pésimamente que los interpreten los actores, siempre, aquéllos y éstos, escri-birán y recitarán mejor que los histriones y literatos de la po-lítica militante.

*
* *

Aquí estoy con el portapluma en la mano, mordiendo la punta del mango y clavando en el cielo raso de mi habitación miradas angustiosas, sin encon-trar un asunto que justifique el título de estas líneas: *Crónica Semanal*. Ya Juan Carranza no ha vuelto á proponer temas es-cabrosos, ya nadie trata de ase-sinar á don Rafael Iglesias, ya don Ricardo no le escribe car-tas al General Villegas, ya no se cometen asesinatos en la *Cues-ta de Moras*...

Si no fuese porque el simpá-tico Skinner Klée nos habla de la probable destrucción del es-

feroide que habitamos ningun-na sensación extraña crisparía nuestra epidermis. Es cierto que los derrumbes continúan dejándose venir metódicamente, es verdad que los ríos no cesan de arrastar esos puentes moles-tos con que la civilización trata de humillarlos; nadie puede ne-gar que el sello padece de pa-rálisis crónica; ningún mortal ignora que en la semana pasa-da diez y siete parejas de no-vios fueron sorprendidas en esos íntimos coloquios que conducen á violentos matrimonios, sin ce-remonias, ni previas amonesta-ciones; pero todo eso es ya tan corriente que no merece el ho-nor de una simple gacetilla. Mis ojos no descubren ningún suce-so grave escrito en el techo de mi cuarto, y como no puedo dar los datos que conoce Skinner so-bre los movimientos astrales, ni me es dado, como á Pedro No-lasco, anunciar terremotos y tempestades, pongo fin á esta crónica, que resultará para mis lectores tan poco grata cual una enfermedad ídem, y estam-po mi anónima firma con el consuelo de que nadie la conoce.

FERNANDO DE TOVARES

Confidencias

Una flor por el suelo,
un cielo de hojas empapado en lloro,
y encima de ese cielo, el otro cielo
lleno de luna y de brillantes de oro...
Un arroyo que el aura acariciaba,
un banco... sobre el banco
así como quien flota, se sentaba;
y vestida de blanco,
bella como un arcángel me esperaba!

Aun flotan en mis noches de desvelo con la luz de una luna como aquella, el verde y el azul de cielo y cielo, y aura y arroyo y flor y banco y ella!

¿No te acuerdas, mujer, cuántos delirios yo me forjaba, junto á tí de hinojos, al resplandor de los celeste cirios, al resplandor de tus celestes ojos? ¿Te acuerdas, alma mía? Entonces inocente me jurabas amor, y yo podía besar tu corazón sobre tu frente! Ayer, unos tras otros, mis delirios así pude fingirme; hoy no puede hablar nada entre nosotros: hoy tú vas á casarte y yo á morirme! Y tanto sol y porvenir dorado, tanto cielo soñado, en una inmensa noche se derrumba! Hoy me dijiste tú: no hay esperanza; hoy te digo: en paz goza, — y en mi tumba mañana me dirás: en paz descansa!

SALVADOR DÍAZ MIRÓN

En la Playa

Cuando descendimos del tren, teníamos el mar ya en frente. Ella no se imaginaba que ese mar de que tanto yo le hablaba en mis versos, fuese tan grande y azul. Loca de emoción admiraba y admiraba como iban y venían las olas, cantando siempre su monótona canción. En tanto que Ella corría sobre la arena, yo la miraba y me parecía más bella que todo cuanto encerraban mis extensos horizontes.

De pronto y con un gracioso mohín, se volvió á mí.

—¿Quiere Ud. que me quede aquí, quietecita, esperando aquella ola, aquella grande que viene allá?

Y la ola enroscada, formidable, que parecía que venía á

envolverla y arrebatármela, fué disminuyendo su tamaño, y como una onda de niveo encaje, saltó sobre su falda, deshaciéndose en muchas gotas que la besaron.

¿Desde dónde vendría aquella ola y cuántos años pasaría surcando la inmensidad para venir á besarte?

RAFAEL ANGEL TROYO

En la Playa

Aniversario

Hoy hace seis años que en una mañana de esplendentes claridades, descendimos del tren á la playa.

Nunca el mar estuvo más bello, ni otro cielo ha lucido aquel azul tan puro.

Y Ella... era como la divina sonrisa de aquellas dos inmensidades.

Hoy hace seis años!..

Hoy estuve allí, en la misma playa. Qué triste estaba la playa, y el cielo, y el mar!

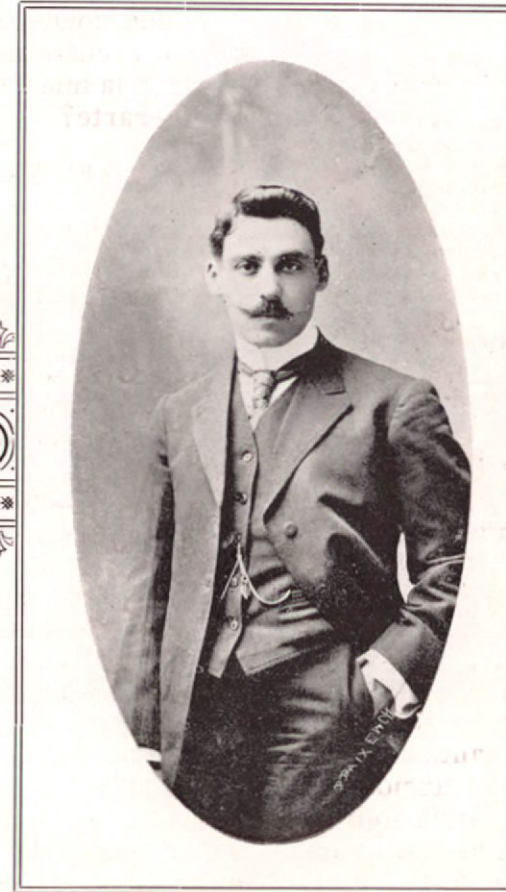
Y Ella... ya no está...

Y en la espantosa soledad que me rodeaba, ví venir una ola, una ola vagabunda y plañidera, grande y diáfana como una inmensa lágrima, y pasó cerca á mí con la melancolía de su eterno rumor, saltó sobre la arena de la ribera como si buscase á alguien y luego, sollozando se alejó mar adentro...

RAFAEL ANGEL TROYO

DON ALCEO HAZERA

ENCARGADO DE NEGOCIOS DE LA REPÚBLICA DE NICARAGUA ANTE EL GOBIERNO DE COSTA RICA



INTELIGENTE y cumplido caballero, el señor Hazera goza entre nosotros de las simpatías sociales á que lo hacen acreedor las prendas raras que son adorno de su espíritu. Goza también de confianza y de prestigio en nuestro mundo político, y por su carácter franco, leal y sincero, es para Costa Rica representante muy grato entre nosotros de la hermana República de Nicaragua.

Don Alceo Hazera es uno de los jóvenes de más valer entre los de la actual generación centroamericana.

Un apuro endemoniado

CUENTO

A mi buen amigo. A J. de León

Era el Coronel un hombre de aquellos de pelo en pecho, enemigo de las balas y amigo del bello sexo. Frisaba con los cincuenta, según confesión del reo, (confesión á la que nadie le quiso conceder crédito); mas, contase medio siglo ó tuviese siglo y medio, él ocultaba muy bien los descalabros del tiempo. Elegante en el vestir, marcial en el contoneo, siempre ceñida la espada, siempre el busto muy derecho, con la izquierda sobre el pomo de su virginal acero, todas las tardes salía al cotidiano paseo. Contemplaba á las mujeres con el atrevido gesto del hombre experimentado que no se anda con rodeos, y apenas en alguna hembra hallaba un síntoma de esos equivalentes á un *prueba*, pensaba el hombre: *probemos*. ¡Y probaba sin remilgos el Coronel de mi cuento! Algunas veces probó chascos de calibre grueso; pero en muchas ocasiones obtuvo triunfos, completos. Estaba bajo sus órdenes, en cierta plaza, un sargento casado con una joven cuyos lindos ojos negros pusieron al Coronel en el caso de *probemos*. Sitió la plaza con tacto, y á fuer de militar viejo á los puntos vulnerables dirigió su tiroteo. No se sostuvo la plaza y, atacada con denuedo, rindióse al fin. Lo cual dicho, lector, en más claros términos quiere decir que la esposa del desdichado sargento, prometió ser Coronela por un rato y en secreto. Apenas le tocó guardia al infeliz subalterno, como á las diez de una noche hermosísima de Enero, pudo verse al Coronel en amplio capote envuelto, rondando por cierta calle con amoroso misterio.

A las diez y media en punto, muy callado y muy discreto, en un edificio oscuro penetró nuestro guerrero. A la puerta le esperaban dos blancos brazos abiertos y dos ojos entornados y dos rojos labios trémulos. Penetraron en la alcoba, ella triste, el muy contento, pero ambos con la esperanza de probar el jugo excelso que brinda siempre la fruta dulce del cercado ajeno. La luz de una lamparilla alumbraba el aposento, un manojo de claveles en cristalino florero derramaban su perfume penetrante.

Grave, quieto,

el retrato del marido los contemplaba en silencio, desde el fondo de su marco, con los ojos muy abiertos y con dos puntos oscuros en la frente, bajo el pelo, allí donde los cornúpedos son adornados con cuernos. Mientras tanto los amantes, intranquilos y risueños, hacia el altar de la alcoba sus miradas dirigieron. Allí les brindaba *flores* Cupido, ese dios travieso, tirano trastornador del trastornado universo. Y seguramente el dios les dió tan sabios consejos que á poco, un rumor extraño, de suspiros y de besos, llenó los cuatro rincones del silencioso aposento. De pronto, dos ó tres golpes inesperados, violentos, en la puerta de la calle dados por un puño fueron. El coronel pegó un brinco, dos la mujer del sargento, y ambos quedaron un punto aterrados y suspensos. —Abre! — una voz masculina gritó con terrible acento, en cuya voz los amantes al marido conocieron. El coronel buscó fuga, pero hubo en la fuga un pero consistente en que la casa no daba á la fuga acceso. Cuatro paredes muy altas encerraban sus linderos y, dado el rumor extraño de suspiros y de besos, no estaba para maromas el coronel de este cuento. Si el sargento entraba allí

con ganas de armar enredo, era forzoso morir ó darle muerte al sargento. Lo segundo era muy duro y más duro lo primero. —Qué hacemos? — dijo la esposa —Huyamos!

—No hay ningún medio.

—Entonces, abre la puerta y recémosle á San Pedro. Abriose la puerta al cabo y por ella con recelo, hecho un tigre de los montes entró en su casa el sargento. Vió de pronto al coronel, más pálido que dos muertos, arrimado á la pared, con el traje descompuesto

y con un *cuarenta y ocho* apretado entre los dedos. Verlo y cuadrarse al instante como manda el reglamento, fué todo uno... Ya cuadrado, cual cumplido subalterno, exclamó: —Dispense usted, coronel, si lo molesto. Y dichas estas palabras se salió del aposento muy marcial, muy arrogante, muy grave y muy circunspecto. Tras él cerrose la puerta; y cuentan quienes oyeron, que pronto volvió á escucharse extraño rumor de besos.

EDUARDO CALSAMIGLIA

Visiones crepusculares

Para A. Skinner Kille

El crepúsculo de fuego va dorando la arboleda, mientras cantan las carretas su retorno á la alquería; hay fragancia, en el ambiente, de jazmines y reseda y aderezan los celajes al espíritu del día.

Los felinos del tejado se acarician con maullidos y fulguran en las sombras sus pupilas de topacio, y se alargan, como penas, melancólicos ladridos, que á la luna lanza un perro con miradas al espacio.

Languidece en la penumbra la tristeza de las cosas, la tristeza de las almas que agobió la pesadumbre, y laboran los insectos enemigos de las rosas, enemigos de la gracia y enemigos de la lumbre.

Enmudecen los talleres; por la calle rueda un coche cuyo tronco va en volandas y el cochero lo fustiga; es un símbolo del lujo que va huyendo de la noche, mientras pasa un esqueleto con harapos de mendiga.

LISÍMACO CHAVARRÍA

TESTIMONIO DE FILIAL CARIÑO UN MAUSOLEO NOTABLE

La familia del finado don Gaetano de Benedictis ha levantado un sepulcro en la ciudad de Aquila de los Abruzos, ciudad de la Italia



Frente del mausoleo

vantado á la memoria de este recordado amigo nuestro, que tan popular fué en esta ciudad, una suntuosa capilla que le sir- central, monumento del cual damos en esta Revista grabados que nos dan idea de la riqueza y buen gusto de su construcción.

La obra, de estilo gótico, fué ejecutada por el famoso artista caballero Antonio Di Gregorio, esta página el recuerdo de aquel amigo nuestro, que fué también un buen amigo de Costa Rica,



Parte anterior del mausoleo

y es uno de los monumentos más notables que existen en el cementerio de dicha ciudad. donde vivió durante treinta años, y formó una familia, que disfruta del aprecio social muy justamente merecido.

Nos complace consagrar en

Escritores salvadoreños

Nos proponemos dar á conocer en EL FÍGARO á los más ingeniosos escritores centroamericanos de actualidad.

El cuento que en seguida verán nuestros lectores, nos lo envió para su publicación el General Villegas, con una nota que dice así:

«*Lapizlázuli* es el seudónimo de Luis Lagos y Lagos, uno de los jóvenes más inteligentes, más caballeros y más feos que hay en El Salvador. Es un verdadero mónstruo de fealdad, de bondad y de talento. Con el título de «Recuerdos de mi vida», Luis Lagos y Lagos ha escrito páginas magníficas, de las cuales es una muestra el episodio que le remito para su publicación»:

De como fui médico en Honduras

En mi carrera política (digo carrera porque realmente la mía ha sido una verdadera estampía á través de todo el continente americano), llegué cierto día á un pueblo de Honduras, con las manos metidas en los bolsillos, sin una peseta y sin más equipaje que un tomo de la edición económica del célebre Don Quijote de la Mancha.

Digo, pues, que llegué á ese pueblo, cuando el «rubicundo Apolo» se escondía, en la apoteosis de un incendio, en el lejano horizonte. Y como era natural, fuime derechamente al portal del cabildo, que es, en tales poblaciones, posada obligatoria de todos los vagabundos y viandantes.

Diez minutos después de hallarme instalado cerca del trozo en que castigaba á los borrachos bochincheros, me había hecho amigo íntimo del *mayor*, y sabía toda la vida y milagros de los habitantes del pueblo.

El *mayor* era un buen hombre. Le referí unas cuantas anécdotas de mi vida y me convidó á echar un trago y á cenar. Luego soltó la lengua y me contó

cuanto sabía, desde que estaba chiquito, de las gentes de su pueblo. Por él supe que allí había dos partidos: el de ño Olayo, que era el liberal y á la sazón el predominante, y el de ño Sebastián, compadre del cura y conservador hasta las uñas. Por él supe también que no había médico en el lugar.

—Es usted doctor?—me preguntó muy seriamente el *mayor*.

—Sí, señor,—le respondí,—soy médico, para servir á usted.

Como movido por un resorte, se levantó el buen hombre y echó á correr por en medio de la plaza. «Espéreme tantito», alcancé á oír que me decía, y desapareció, no por las calles, porque allí no las había, sino tras los ranchos pajizos.

Pocos minutos después, regresó con varios individuos, bañado en sudor y echando los bofes por la boca.

—Aquí tienen ustedes,—¡uf! ¡uf!—al doctor Lapizlázuli!

Tomé actitud de galeno y saludé con toda la seriedad con que me fué posible á los recién llegados.

—Yo soy ño Olayo — me dijo el más anciano — compañero de Cabañas y de los viejos liberales.

—Yo soy el señor Fermín, el boticario.

—Yo soy el secretario Municipal—dijo un tipo de cara lampiña y á ratos amigo de las musas.

—Mucho gusto de conocerlos, estoy para servir á ustedes,—respondí.

—Acabamos de saber que es usted médico, señor Lapizlázuli.

—Sí, señores: casi puedo decir que nací médico!

—Entonces, no se vaya usted, que aquí no le faltará trabajo.

—Por de pronto, tiene usted mi casa á su disposición—me dijo el boticario.

No me hice de rogar, y más corriendo que andando, tomé mi equipaje, digo, el tomo del Quijote, y me fuí en compañía de mi futuro socio en la despooblación del pueblo, seguido de los demás personajes.

La noticia de la llegada del doctor Lapizlázuli cundió por el pueblo con la velocidad del rayo.

—Está el doctor? preguntaban minuto á minuto en la puerta de la botica.

—Todavía no está visible — decía el boticario, con toda la boca, lleno de orgullo; — que esperen los enfermos.

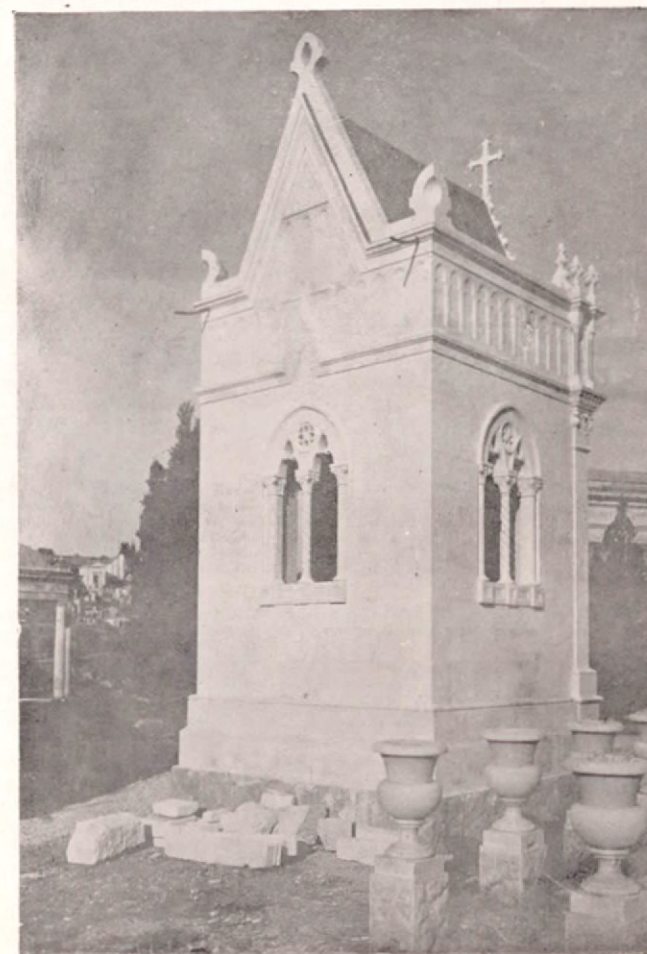
Para morir se nunca es tarde — pensaba yo en mis adentros. — Y mientras tanto, celebrábamos mi arribo á aquella población tomando un aguardiente merecedor de la flor natural en cualesquiera juegos florales, digo, *aguardientales*.

—Ha caído usted aquí como llovido

del cielo!—decía ño Olayo. Hay lo menos 8) enfermos en el pueblo, sin contarme yo que tengo un *empacho* desde hace más de dos años.

—Pobre viejo! mi corazón me decía á mí todo lo contrario!

Y luego, recetando, agregué: «Paños calientes, lo más calientes que pueda resistir durante una hora; fricciones en la pantorrilla izquierda con un cepillo ó con una tusa en su defecto; y untarle esta pomada: Rp: Mercurio 2 grms.;



Vista posterior del mausoleo á la memoria de don Gaetano de Benedictis

—Lo que es á éste me lo soplo sin empacho alguno!—pensé para mis adentros.

Después de charlar un poco me fuí á hacer mi primera *visita* á una señora que tenía un dolor agudo en el ojo del pie izquierdo.

—Se trata de una simple *esquimosis* —diagnostiqué.

Magnesia 1 grm.; Bicarbonato de soda 3 grms.; tintura de yodo 5 grms. Uso externo.—Lapizlázuli.

De allí pasé á visitar á un viejo que tenía dolor de costado.

Inmediatamente prescribí un baño frío y un emplastro de pimienta, sal, chocolate y mostaza bajo la *paletta* derecha.

Y así fuí recorriendo el pueblo hasta

que no dejé enfermo sin su correspondiente receta.

Al señor Olayo le receté para el empacho: sal de Gíober, 5 onzas; cianuro de potasio, 2 onzas; aceite de comer, 10 onzas; media botella de agua de Florida. Tomarlo todo de una sola vez.

No sé cómo sucedió aquello; lo cierto es que á los ocho días estaban en pie todos mis enfermos. Sólo el desventurado señor Olayo se murió.

—¡Ya le convenía! —decían los del pueblo.

El boticario me adoraba. Había hecho pingües negocios con mi arribo al pueblo.

Y cuando abandoné aquella inextinguible población, me fui en caballo propio, con dos arganillas llenas de puros y huevos; con veinticinco pesos en el bolsillo y seguido por todas las bendiciones de aquel pueblo.

Desde entonces ¡oh médicos compañeros míos! no me dejó curar de vosotros con tanta facilidad como los incautos á quienes dáis pasaporte para el otro mundo!

Y por esto, cuando veo aquí en mi tierra algún gringo que se dice notabilidad en las ciencias ó en las artes, me sonrío, guiño los ojos y exclamo: ¡este anda haciendo aquí lo que yo hice ya en un pueblecillo de Honduras!

LAPIZLAZULI

La cita

El cielo azul; el sol esplendoroso; á vuelo las campanas; en la iglesia, humeando ante las aras el incienso; en su penol izadas las banderas; colgados los balcones de tapices; deslumbrantes de luz cielos y tierra... Y todo porque dicen que del santo patrón de la ciudad es hoy la fiesta.
¡Estúpidos! ¡Estúpidos! No saben que es porque tengo yo cita con ella.

SI

No le remuerde nada la conciencia, puede su frente erguida levantar, puede su vida pública y priva al examen de todos entregar; nada tiene que ver con la Justicia; nunca hizo el mal ni lo pensó jamás, y, sin embargo, tiene miedo. ¿Puede tener miedo quien nunca ha obrado mal?

VÍCTOR BALAGUER

La impresión que dan al alma las cosas

Un amigo nuestro nos escribe de París refiriéndonos el curioso experimento que se ha hecho en los grandes almacenes de *Le Printemps*, acerca de la impresión psicológica que producía en cada visitante la primera visión de los mostradores de aquel emporio de riqueza y de gusto.

Un profesor de la Sorbona se situó un día en la puerta principal de *Le Printemps*, y á cada uno que entraba le hacía esta pregunta: ¿qué idea despierta en usted la vista de este suntuoso establecimiento?

Copia nuestro corresponsal algunas de las respuestas que obtuvo:

Un músico dijo que aquello parecía un concierto de las industrias y de las artes, arreglado para cantar la oda de la felicidad accesible á todos, ricos y pobres.

Según dijo un militar, aquello era una fortaleza armada contra la necesidad en favor del género humano.

Un pintor creyó ver allí todos los celajes del cielo, y las puertas abiertas del paraíso.

Dijo un banquero que aquello era el bazar universal del lujo, y un artesano que entró en seguida agregó: para el lujo hay muchísimo, pero hay más para satisfacer nuestras muchas necesidades con nuestros medios escasos.

Pero nada tan elocuente co-

mo lo que exclamó una niña que entró llevada por su madre de la mano: aquí hay de todo, dijo, de todo lo que el niño Dios da á los pequeños, y lo que nos da papá para nuestros antojos, y lo que mamá regala á los pobres que tienen hambre ó frío. De este almacén salieron las muñecas que tengo en casa y este precioso sombrero que llevo puesto.

Cada uno hablaba según movía sus ideas la rotación de su cerebro.

Concluye el corresponsal diciendo que llegaron en ese momento varios costarricenses, y á la pregunta del sabio de la Sorbona dijo uno: «esto sería más bello si abundara más el color azul que es la insignia de

mi partido».—«O el rojo», contestó otro, porque yo soy civilista. Entre ellos puso paz un tercero que dijo: «ni el azul ni el rojo hacen falta; así como está este almacén me parece divinamente arreglado, y sólo quisiera yo que me eligieran presidente de él por unos días, que yo en seguida asumiría la dictadura, y me quedaría aquí gobernándolo por siempre jamás amén».

La sucursal de los grandes almacenes de *Le Printemps* en esta ciudad se halla á cargo de los señores L. Rojas y H. Rozzi, y está situada en los bajos de la casa de don Francisco Peralta, frente al Banco Anglo-Costarricense.

El retrato

(De Baudelaire)

Trocaron en ceniza la muerte y los dolores
la luz que á nuestras almas prestó su fuego santo:
de aquella boca en llamas, prisión de mis amores,
de aquellos tiernos ojos que me dijeron tanto;

de aquellos dulces besos, más dulces que las flores,
de aquellos goces íntimos q' hicieron nuestro encanto,
¿qué queda?... ¡pobre niña! ¡pobre alma!.. los horrores
de un croquis á tres lápices, de palidez y espanto,

que, como yo, deshace sus formas, solitario,
y á quien el Tiempo, viejo de puño sanguinario,
flagela eternamente para tornarlo escoria...

¡Oh bárbaro asesino del Arte y de la Vida:
no matarás el alma donde quedó esculpida
la virgen que hizo un tiempo mis dichas y mi gloria!

GUILLERMO VALENCIA

En el Beti-Jai

El juego de pelotaris que tuvo lugar el domingo en el frontón Beti-Jai de esta ciudad, entre los jugadores venidos recientemente, resultó tan interesante como se había anunciado y como todos lo esperaríamos.

El juego de pelota es todavía poco popular entre nosotros, porque nos es casi enteramente desconocido; pero si nuestros lectores hubieran leído la descripción admirable que de él hace Edmundo de Amicis en su viaje por España, y se poseyeran del entusiasmo que infunde en quienes lo leen el insigne escritor italiano, seguramente acudirían al Beti-Jai con premura de apasionados, no solamente á admirar y aplaudir á los luchadores en el juego emocionante, sino también á tomar parte en él, como medio el más agradable y seguro de conseguir para el cuerpo la esbeltez y fortaleza que procura aquel clásico ejercicio. Los griegos debieron al juego de la pelota la belleza incomparable de sus formas, y los romanos el vigor irresistible de sus músculos.

Ojalá que, sin suprimir el *foot-ball*, el *base-ball* y otros juegos de sport que son atractivos é higiénicos, se diera la preferencia al pelotaris, que es el juego por excelencia entre todos los ejercicios de agilidad y destreza.

Rosa otoñal

Tras la pantalla, en purpurinos baños, riega el quinqué su luz, como una herida. Debajo, lee, sobre el cojín tendida, la bella misteriosa de treinta años. Cae en el hombro desnudo, con extraños visos la luz sobre la piel prendida; y en la nuca de la hembra van en huida cortos, crespos, selváticos rebaños. Acaba, y se oye del bostezo el brote. Arranca broches, desanuda lazos. Y, en largo desperezo, se presiente pasar en la epidermis del escote sobre el vello invisible de los brazos constricciones sutiles de serpiente.

SANTIAGO ARGÜELLO

Pregunta importante

¿A que no adivina el lector qué fué lo que hicieron los jugadores de pelota en cuanto salieron del Beti-Jai el domingo último? Pues lo que hace toda persona que se estima y vale: irse á «La Magnolia», á holgarse en los nuevos y espléndidos salones que ha arreglado, en los cuales se sirve lo mejor y más delicado que pueda desear el gusto más exigente.

Chispazos

Sufres esa tos indina que causa tu desazón por no gastar un colón en un frasco de «Terpina»

Quiere prover su ropero con lo mejor que da Europa? Pues compre toda su ropa en el «Almacén Romero»

Tienes, Laura, un pie divino, mas no lo luces con arte, porque no quieres calzarte en casa de «Sabatino»

Esa calvicie supina que te parte medio á medio ya no tiene más remedio que curarla con «Rhum Quina»

IMPRESA, PAPELERÍA, ENCUADERNACIÓN Y FOTOGRAFADO DE AVELINO ALSINA

El único hotel de primera clase en Costa Rica, es el
HOTEL IMPERIAL
cuyos hermosos salones tienen todo el confort y el lujo de los mejores de América y Europa

Cuenta con un *chef* de cocina traído especialmente del Viejo Mundo y con un servicio á la altura del Alstroff Hotel.

Los viajeros y turistas que buscan comodidad, confort, aseo y buen gusto, se hospedan solamente en el

IMPERIAL HOTEL

TALABARERIA Y ZAPATERIA MODERNA - SALVADOR C. JIRON

GARANTIZA SUS TRABAJOS EN AMBOS RAMOS

Monturas de todo estilo. — Especialidad en calzado á la medida, cosido y clavado, elaborado á mano con materiales escogidos y á satisfacción del cliente.

— HORMAS DE ÚLTIMA NOVEDAD —

¡Ah, los dientes!

¿Quién no los necesita?

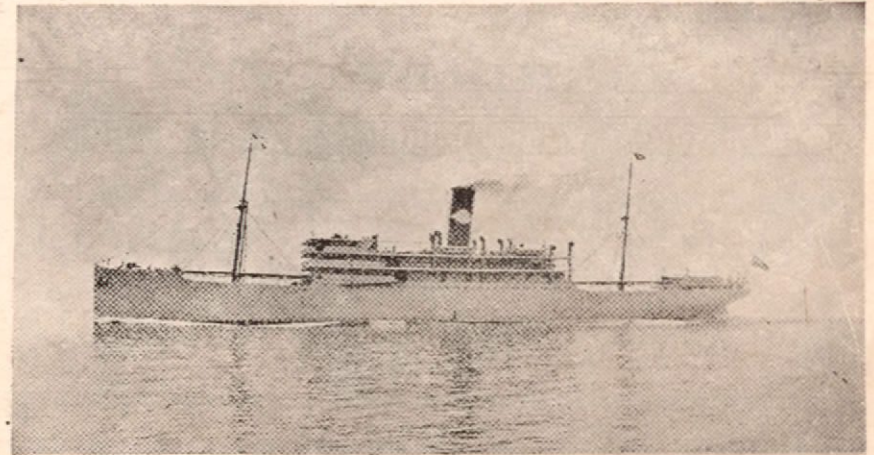
Nadie tenga miedo en cepillar su dentadura. Con ello ningún daño puede ocurrirle. En cambio, con no cepillarla, es infinito el número de quebrantos que las personas se procuran. La peor dentadura natural, estando limpia, es un millón de veces preferible á la dentadura artificial más artística. Esto lo saben de sobra los pobres tributarios del dentista. ¡Y pensar que casi todos ellos deben la ruina de sus dientes á la falta de aseo! No, es preciso que Ud. se procure un buen dentífrico y un excelente cepillo. Pida usted **Pasta, Líquido, Polvos**, lo que más le guste, con tal de que en ellos no prevalezca el perfume sobre las sustancias antisépticas que son indispensables en todo buen dentífrico. Pida Ud. **ALBALINA** los **Polvos** ó la **Pasta** ó el **Agua** preparados por la **BOTICA FRANCESA**, superiores á cualquier otras en su clase, y preparados con sustancias antisépticas de las más eficaces y que *no son venenosas*.

Use Ud. también los afamados **CEPILLOS ALBALINA**, que son por su calidad y estructura, el complemento de aquellos dentífricos.

Se dan muestras gratis de **PASTA ALBALINA**, en la **BOTICA FRANCESA.**

United Fruit Co.

SERVICIO DE VAPORES



VAPOR CARTAGO

NUEVOS VAPORES ♦♦♦ NUEVO SERVICIO

Los vapores **Cartago**, **Parismina** y **Heredia**, especialmente contruídos para el servicio tropical, hacen la travesía entre Puerto Limón, Puerto Barrios y New Orlean. También hay vapores que corren semanalmente entre Puerto Limón y Boston.

Para informes dirigirse á las oficinas de la United Fruit Company, en San José ó Limón.

E. J. HITCHCOCK, Administrador.

Elders & Jyffes Limited

Línea directa de vapores entre Puerto Limón (Costa Rica) y Manchester y Bristol (Inglaterra)

Los vapores de esta Línea hacen la travesía de Puerto Limón á Manchester ó Bristol en 17 días. Salen de Limón cada semana.

Para informes dirigirse á las oficinas de la United Fruit Company, en San José ó en Limón, y en el despacho de los Sub-Agentes en San José los señores Sasso y Pirie.

E. J. HITCHCOCK, Administrador.